

LA ÈTICA Y LA ESTÉTICA EN LA SISTEMATIZACIÓN

Germán Mariño S.
Dimensión Educativa

Para empezar

Se acepta como una "verdad de a puño", que el trabajo de sistematización debe hacer teoría. Sin embargo, tal aseveración alude principalmente a la teoría sobre los proyectos trabajados. Poco se enfatiza la necesidad de hacer teoría de la sistematización, algo así como una sistematización de la sistematización.

Creo que reflexionar sobre la experiencia vivida es uno de los caminos para ello. Hacer reflexión de la acción (o en la acción), es una posibilidad que debe continuar relevándose. La teorización con frecuencia se empobrece cuando no se encuentra mediatizada por el análisis de la práctica, sobre todo cuando se trata de tópicos (como la sistematización), poco teorizados.

Las anotaciones que siguen se inscriben en tal perspectiva, además son reflexiones "sueltas" que obviamente deben irse "amarrando", para integrarlas a marcos conceptuales ya existentes o para ir construyendo (o reconstruyendo) unos nuevos.

Sobre la ética

Escritura e intereses

Sobre la ética (en la sistematización) casi nada se ha escrito. ¿Será porque la ética no posee capítulos separados para cada una de las temáticas (es una sola para la evaluación, la investigación...)? ¿O será más bien porque se supone que en el campo de la sistematización no existen problemas éticos?

Para empezar, podría uno preguntarse si es válido aceptar que: "el qué escribir, se encuentra en función de para quién se escribe". Dicho de otro modo: ¿la escritura se encuentra mediada por intereses?. Y no se habla aquí de adecuación para acercarse al lector (accequibilidad); no es una cuestión de hacerlo más corto (menor número de páginas) o menos "denso": esta-

mos hablando de omitir información, por ejemplo, que es algo muy distinto. No de un problema de edición.

Ciertamente las “desviaciones” que se enuncian a continuación no son, por fortuna, una constante existente en todas las sistematizaciones; son más bien, “peligros latentes” que por eso mismo es positivo tenerlos presentes.

¿Verdades a medias?

Una de las estrategias más frecuente para manipular la información se da a través de: “no decir mentiras pero no decir toda la verdad”. De verdades a medias.

Se dice, por ejemplo: en este texto no es conveniente plantear tal hecho porque puede “peligrar” la financiación futura. Ocultar, se legitima entonces, para “salvar” de la mirada “simplista” de las agencias financiadoras, la supervivencia del proyecto sistematizado.

¿Es ético asumir dicha postura? ¿El pragmatismo no debe ser objeto de análisis? ¿Qué nos diría al respecto Habermas?

También se presenta una clase de manipulación cuando se “maquilla” la información, minimizando los defectos, las dificultades, las contradicciones, los “líos”.

¿Narcisismo?

Pero no siempre las motivaciones tienen que ver con la “supervivencia financiera”; con mucha frecuencia se dan más bien, por “cuidar la imagen”; por narcisismo. Por miedo a quedar mal, a evidenciar los errores, lo que obviamente, tiene mucho que ver con la “idoneidad” proyectada a los otros. “Enamorarme” del trabajo es indispensable. Debe creerse y quererse lo que se hace. Pero “enamorarse”, así como posibilita valorar, debe permitir tomar conciencia de las debilidades.

De otra parte, la distorsión de la información es además, doble: se manipula el dato pero también la razón explícita de la manipulación, eludiendo, como anotábamos, la eventual afectación del “ego” como razón principal.

¿Autocensura?

Una cosa muy distinta es la omisión de información por razones políticas. Es el caso de textos que podrían llegar a afectar la seguridad de personas

por adelantarse las experiencias en zonas de guerra. ¿En esos casos se justificaría el "doble texto"? ¿Y entonces, quién decide qué debe omitirse?

La omisión se nos parece a la que viven los periodistas cuando se realiza una "autocensura".

Existen, sin embargo, diferencias significativas: los periodistas no son dueños de los medios, son empleados y el que decide los "sesgos" de la información está por encima de él. En la sistematización, el sistematizador posee mucho mayor poder sobre el escrito.

Lo privado y lo público

Otro aspecto íntimamente ligado a la ética tiene que ver con la información "privada". En ocasiones, durante las conversaciones informales y particularmente en las entrevistas, "van apareciendo" datos que no se sabe bien qué hacer con ellos, en el sentido que pertenecen a los ámbitos privados de los protagonistas.

No es para nada ajeno a los programas, las pugnas internas por el poder, por ejemplo (las cuales generan amores y odios -también se dan los amorfíos-). El problema central es que no tiene nada de raro que tales sucesos afecten significativamente los resultados de los programas (una persona sale o se queda, como consecuencia de ellos, v, gr.).

Sobre la estética

Estética alude, en este contexto, a edición.

¿Qué características, desde el punto de vista estético, debe tener el escrito producto de la sistematización y cuáles de ellas le competen a la persona (o personas) que sistematizan?

Para empezar, habría que plantear que es de esperar que la edición, en sentido estricto, es tarea de un editor. Lo que podría esperarse del sistematizador es una estructuración del escrito, que es diferente.

"Descuartizar y aglutinar"

La lecturabilidad depende de múltiples variables. Una de ellas es la subtitulación la cual, obviamente, tiene íntima relación con la estructura. Un

escrito sin subtítulos puede fácilmente convertirse en un "ladrillo". Un capítulo debe encontrarse subdividido: el desglose significa "descuartización" de elementos, tratamiento de las partes "una por una", lo que indiscutiblemente arroja claridad expositiva.

La estructura mental del escritor se proyecta en la escritura del índice: en la estructura. El índice habla por sí solo. El trabajo será incuestionablemente mejor en la medida que exista un buen índice. Por algo, lo que más les cuesta a los estudiantes cuando realizan sus tesis (aún de postgrado), es construir el índice. Cuando realmente lo logran, tienen la mitad del grado ganado; la mitad, porque no solamente hay que saberlo decir, sino lógicamente, decir algo.

Los subtítulos son pues un indicador contundente. Claro está que el abuso de estos tampoco deja de ser problemático pues dificulta la lectura de "corrido" y demuestra dificultades para "aglutinar". "Descuartizar y aglutinar" son las dos caras de una misma moneda. O se llevan a cabo simultáneamente o se pierde la estabilidad.

Sobre la lecturabilidad, obviamente habría mucho más que decir. Invito aquí a llenar ese gran vacío.

Lo estético tiene que ver entonces con lecturabilidad, pero no se agota en ella; convendría añadir otras consideraciones.

Afinamiento progresivo

Pareciera ser que la escritura de una sistematización, se adelanta por sucesivas aproximaciones: no "sale de una vez por todas", es un proceso; explícito o tácito, pero un proceso.

De ahí que a los primeros resultados (recopilaciones, borradores sueltos.....) no se les pueda exigir una mayor elaboración. Pongamos el caso de un testimonio. Una cosa es identificarlo y ubicarlo, y otra preocuparse por su extensión y puntuación.

En una primera instancia, simplemente se "pone" en un lugar, tal cual fue transcrito. En un segundo momento será necesario "intervenirlo" recortando (no se está hablando de cambiarlo; se trata de conservarlo, pero no en su totalidad porque es muy largo, porque no resulta pertinente al tópico en cuestión en toda su extensión..., etc.).

La postura anterior es muy frágil puesto que existen limitaciones concretas que es imposible soslayar; podría mencionarse una elemental: ¿qué pasa cuando los protagonistas son analfabetas? ¿nos reducimos a grabar y transcribir?; más aún, qué decir de personas con escolaridad básica pero que nunca han escrito o cuando siendo universitarios, por ejemplo, simplemente no tienen ni tiempo para escribir?

En el polo opuesto se encontraría la posición de quienes sostienen (más en privado que en público) que sólo deben escribir los sistematizadores externos, con un dejo altivo que puede hasta llegar a sonar "a que los otros no pueden" porque son unos activistas.

Pero los extremos, por lo general, son simplistas.

Lo ideal parece ser constituir binas actor(es)-sistematizador(es), con funciones que varían según las circunstancias: en unas situaciones, los actores serán correctores (re-escritores indirectos) y en otras, tal papel será desempeñado por el sistematizador. Los caminos excluyentes (o sólo las "bases" o sólo los intelectuales) están "mandados a recoger". En últimas, para cualquiera de los dos casos la alternativa debe gestar una tensión de doble vía: el escritor re-lee al actor o el actor hace re-escribir al escritor, resultando un producto dialógico.

Los actores "corrigen" lo que los agentes externos escriben

De partida habría que decir que existen términos medios muy fructíferos. Estos se dan básicamente cuando el que escribe es el sistematizador externo pero el protagonista "corrige" el texto, aportando los elementos para una re-escritura.

Se escribe, de alguna manera, a "dos manos".

Tal alternativa es fácilmente explicable en la medida que rompemos con la tesis según la cual existen los prácticos (activistas) y los intelectuales y la sustituimos por lo que Donald Schön ha denominado los "prácticos reflexivos".

Y es que en verdad, las acciones prácticas son motivadas por comprensiones de la realidad. Se hace o se deja de hacer por conjeturas (hipótesis) que se construyen y que son puestas a prueba permanentemente.

La gente que anda metida en "el barro" se encuentra muy lejos del "hacer sin pensar". Se hace porque se piensa¹¹. Otras cosa muy distinta es que lo

que se hace forme parte de una teoría explícita o de una teoría "afortunada" (compartida por el sistematizador, por ejemplo) o de una única teoría (en lugar de híbridos).

Los prácticos reflexivos constituyen la mayor parte de los sujetos que se hallan involucrados en los programas que terminan sistematizándose. Y los prácticos reflexivos, piensan. Otra cosa es que escriban, o que les guste escribir, o que sean "buenos" escritores o que tengan tiempo.

De ahí que la combinación de los sistematizadores, como escritores primarios, con los prácticos reflexivos, como correctores que agencian la re-escritura, sea una figura alternativa muy sugestiva.

Debe anotarse que las interacciones con los correctores varían en intensidad y amplitud: algunos aportan más que otros; no podemos hablar de un sólo tipo de corrector.

Algunos correctores no sólo sugieren re-escribir sino que llegan, incluso, a re-escribir algunos fragmentos del texto.

Los agentes externos "corrigen" lo que los actores escriben. De otra parte, no se debería descartar una estrategia contraria a la anterior: la del agente externo que se convierte en corrector del actor, que es en este caso, es el que escribe. Tal perspectiva también resulta apasionante.

En ocasiones además, dicho camino debe convertirse en imperativo

Y es que existen actores suficientemente cualificados que por diversas razones rehuyen el escribir: un poco de miedo mezclado con la tranquilidad que da el delegar, produce la decisión de no escribir pudiéndolo hacer.

Los problemas de no aceptar el reto de escribir, más temprano que tarde comienzan a "estallar": es que esto que se dice no es correcto porque le falta

11 Levy Strauss lo ha planteado de otra forma en su clásico libro "El pensamiento salvaje" (en el capítulo: La ciencia de lo concreto. Fondo de Cultura Económica No 173): Se objetará que tal ciencia (conocimiento sobre lo no útil), sólo es eficaz en el plano de lo práctico. Pero da la casualidad que su objetivo primero no es de orden práctico; corresponde a exigencias intelectuales antes, o en vez, de satisfacer necesidades.

tal y cual información (que sólo ellos poseen y que claro está, únicamente mencionan cuando el sistematizador externo la omite); que aquí pasaron otras cosas que no están dichas, que lo acontecido se presentó antes y no después.... en fin, introducen infinidad de precisiones que hacen del trabajo una tarea interminable con la paradoja de que nunca se encontrarán contentos con el resultado final.

A posteriori resulta obvio la causa de tal problema: los que mejor (en términos de cantidad y precisión de la información) pueden escribir una experiencia, son los que la han vivido. Los "oyentes" apenas si logran aproximaciones (no necesariamente menos aleccionadoras pues las miradas extrañas a veces son mas iluminadoras).

Ciertamente hacer que los protagonistas escriban, con frecuencia es tarea de titanes. Se dice que todo el mundo es un hablador (por naturaleza) pero que muy pocos son unos escritores. Que el hablador nace y el escritor se hace.

Sin embargo, si los protagonistas poseen una experiencia escritural básica, deben escribir. Queda por definir qué sería "básica" (¿que hayan escritos informes?, ¿qué clase de informes?...). Lógicamente no se les pedirá que estén solos, "abandonados a su suerte", redescubriendo cómo se sistematiza; deben estar acompañados por los sistematizadores; pero tratar (o permitir) sustituirlos, es tan nocivo como pretender que se conviertan en escritores aquellos que realmente no se encuentran formados para ello.

¿Especialistas o generalistas?

¿Los sistematizadores se deben reducir a una labor de amanuenses escribiendo únicamente lo que les "dictan"?

Contestar afirmativamente es una ilusión. Los sistematizadores son también lectores: con pre-juicios, con experiencia, con valores previos. Pretender un ejercicio neutro es un imposible epistemológico.

Ni aún un trabajo puramente testimonial lo consigue, pues los testimonios siempre van precedidos de decisiones tales como: ¿a quién entrevistar?, ¿qué preguntar (y qué no)?, ¿qué segmentos de la entrevista seleccionar?, ¿en qué orden exponerlos?

Otra cosa muy diferente (creo) es una perspectiva donde el lector-escritor intenta ubicarse en el "horizonte de las circunstancias históricas", o una perspectiva donde el investigador "se pone en los zapatos del otro".

La escritura se encuentra siempre "cargada" de percepciones, de los sesgos del lector. El postulado positivista de la asepsia valorativa es una falacia en las ciencias sociales (algunos plantean que tampoco es posible aún en las ciencias naturales).

Ahora bien: las preguntas del lector-escritor se encuentran en relación directa con el conocimiento de la temática. Dependen de qué tanto sabe de ella.

Si no conoce nada, si es la primera vez que se aproxima al tópic, sus preguntas serán seguramente ingenuas, fácilmente "tragará entero" y dejará de percibir facetas importantes. Quizá tan sólo pueda hacer algunos aportes sobre las características globales de los programas.

Si sabe mucho sobre ella, podrá contaminar su mirada (a punto de enceguerse); también podría ver lo que no se ve, leer "entre líneas".

Si aceptamos que evidentemente debe conocer el tema, las preguntas que surgen son: ¿qué tanto?, ¿hasta dónde?, ¿debe ser un especialista en él?, ¿debe encontrarse relativamente familiarizado?, ¿bastaría con tener marcos generales sobre, por ejemplo, proyectos de desarrollo afines?, ¿se lograría obviar la "lejanía" del sistematizador entrevistando en profundidad a especialistas distintos a los del programa en cuestión?

Nuevamente nos encontramos con respuestas a medias.

Independientemente de las respuestas, hay que considerar con mayor profundidad hasta dónde es indispensable que el sistematizador conozca el tema (precisamente para re-conocerlo). Continuar creyendo que la sistematización es una propuesta metodológica que puede implementarse de forma independiente al manejo del contenido, puede ser apresurado.

Superespecializar a los eventuales sistematizadores, podría implicar avalar posiciones elitistas muy difíciles de llevar a la práctica dada la dificultad de contar con especialistas doblemente especializados (en el tema y en sistematización). "Desespecializarlos", convirtiendo la sistematización en un "dispositivo" a prueba de contenidos, tampoco parecería el mejor camino.